



“Alfaro..., cuatro estaciones”

Poemario

Primavera

La vida se despierta. Un estallido
de plácida y azul luminiscencia
alumbrará lo gris de tantas horas
con que el reloj de agujas de la torre
contó del largo invierno su crudeza.
Advierte en el Moncayo del peligro
su gorro de blancuras, pero el campo
ha roto su abstinencia de verdores
y en un magno concierto florecido
silencia con su voz puntuales miedos.

Un caz de savia fluye de la tierra
con tesón de renuevo. Crecen ríos.
El Ebro toma sangre de otras venas
que vierten en su cauce, y es arteria
que da frescor y vida a las riberas.
Abril abre sus manos bonancibles
y liga la esperanza en los frutales,
la flora viste prendas coloridas
y la hibernada fauna por fin deja
desierto su cubil de oscuridades.

En torno a San Miguel la Ciudad tiene
un tempo diferente, una energía
que brota de las calles y las plazas
como una puesta a punto de costumbres,
proyectos e inquietudes renovadas.
Es plena actividad que se retoma,
soles de novedad abriendo puertas
a un cálido recinto de emociones.
Es una flor de sueños perfumada
y un vuelo fascinante de cigüeñas.

Verano

El tórrido zarpazo del bochorno
fustiga la epidermis de la Plana
con aliento feroz, evaporando
por sus poros de espinos y tomazas
el último vestigio de humedades.
La tierra grita, ¡sombra!, y el Sol ríe
con sorna incandescente porque sabe
que ese pequeño amago de tormenta
que nace algodonoso por Isasa,
se morirá sin ser, como otras veces.

Un lánguido conejo busca umbría
en la agostada hierba, y un almendro
presume de sus años mientras trata,
con el follaje nimio de sus hojas,
de atrasar de los frutos su apertura.
La Cruz sobre su cima, hierro puro,
señal de identidad, signo creyente,
soporta su calvario sin rendirse
y no baja los brazos a ese cielo
despiadado y azul que la consume.

Monte abajo, cosida a sus laderas
con puntadas de calles convergentes
y edificios de sólida estructura,
combate la Ciudad esos ardores
con armas de frescura y de paciencia.
Los fructíferos campos que la miman,
la surten de productos y renuevan
los aires sofocantes de su atmósfera,
observan transcurrir un mes de Julio
que hará madura y amplia la cosecha.

Otoño

Se fueron las cigüeñas, y aunque alguna
conserva en San Miguel sacro hospedaje
y en los Sotos y huertos su despensa,
el resto se marchó, como el verano,
en busca de calor en otras tierras.
Se prolonga su lumbre en los rescoldos
de tardes que inseguras nos invitan
a repetir el gozo de un paseo
sin prisa en la Florida, que ya rompe
a vestir con sudario de hojas yertas.

Se perlan las mañanas con las gotas
primeras de rocío; el ciclo de la luz
se hace más corto, la vida se amortece
y el bullicio del tiempo se sosiega
mientras bailan a un son lluvias y vientos.
Despojada la vid de sus racimos,
las viñas verdecidas se transforman
en murmullo de granas y oro viejo
que anida en las choperas y se escucha
lo mismo a pie de río como en Yerga.

Fenece del rosal la última rosa
y el cierzo bate ramas dispersando
las hojas por doquier, como si fueran
inútiles recuerdos que anualmente
desechase la cruel Naturaleza.
Noviembre se aproxima, y hay señales
de cambio en la sonrisa de las cosas,
como un halo de gris melancolía
que nace del vacío y se propaga
nublando la Ciudad y su campiña.

Invierno

Traza la niebla el curso del Alhama
y sus húmedas manos dejan huella
en los pinos que enfrente del Ninfeo
vigilan con temor por si el olvido
encuentra su camino de retorno.
Se transporta la bruma en la corriente
y acampada a la margen del Paseo
consigue con retazos fantasmales
adueñarse del Puente; luego, gélida,
se extiende pueblo arriba cual sudario.

Ramifica sus brazos y hace suyo
primero San Martín y sus contornos,
y en lento y esforzado vía crucis
de lucha con el Sol, toma las Cuevas
y se busca a sí misma pueblo abajo.
Es época de escarcha en las verduras,
de podas en la vid y en los frutales;
reclaman los sembrados la tristeza
de nubes por llegar, y el campesino
hiberna como siempre su esperanza.

Perduran en las calles y balcones
recuerdos navideños que se han ido;
se anuncian calurosas las rebajas
y el frío con su abrazo nos invita
a buscar del hogar grato refugio.
Jornadas invernales abrigadas
por la mágica luz de las hogueras,
el rosco bendecido, las culecas,
y múltiples momentos que escondimos
en la cálida niebla de la infancia.

* * * * *

“Hortelano”